

Diplomacia y Derechos Humanos durante la dictadura militar argentina:

Los casos de
Dwight Fulford y Tex Harris

ROBERT COX



DIPLOMACIA Y DERECHOS HUMANOS

DURANTE LA DICTADURA MILITAR ARGENTINA: LOS CASOS DE DWIGHT FULFORD Y TEX HARRIS

24 DE MARZO 2021

POR **Robert Cox**

El Presidente Jimmy Carter había logrado que los derechos humanos sean un asunto en política exterior, pero muchos embajadores resistieron la idea, burlándose de aquellos que apoyaron la causa, acusándolos de ser «excesivamente sensibles». La mayoría de los países y los cancilleres veían la tortura y el asesinato de disidentes por regímenes represivos como «asuntos internos». Antes de que Estados Unidos haya decidido tomar las riendas, los representantes de los gobiernos democráticos ayudaban a sus propios ciudadanos cuando estaban en aprietos, pero siempre respetaban la soberanía y el concepto de no intervención.



ROBERT COX Es un periodista británico que se desempeñó como editor del periódico *Buenos Aires Herald*, destinado a la comunidad británica en la Argentina. Cox se destacó por su valor frente a la dictadura militar que entre 1976 y 1983 impuso un régimen de terrorismo de Estado en ese país. Él mismo fue detenido ilegalmente y debió abandonar Argentina en 1979 ante la inminencia de su desaparición. Radicado en Charleston, Carolina del Sur, Estados Unidos, llegó a ser subdirector del periódico *Daily News and Courier*, medio principal del grupo propietario del *Buenos Aires Herald*. En 2005 la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires lo distinguió por su valor como periodista durante la dictadura militar. Fue distinguido con la Orden del Imperio Británico y el Premio María Moors Cabot.



Durante los días más sucios de la «Guerra Sucia» hubo momentos en que la simple decencia humana derrotaba al mal. Recordé esos momentos cuando la embajada de Estados Unidos realizó una recepción al mediodía para homenajear al Buenos Aires Herald mientras se preparaba para cumplir su 135 aniversario.

Los embajadores de países angloparlantes fueron especialmente invitados. Puede haber sido un gesto cordial, pero para mí estaba lleno de importancia. Durante aquellas horas más oscuras que finalmente fueron reconocidas entre las horas más relucientes, varios miembros de los cuerpos diplomáticos se pararon junto al Herald en la defensa a la democracia y el estado de derecho.

La recepción, que reunió a embajadores, funcionarios de embajadas y miembros de la comunidad estadounidense con ejecutivos, editores y periodistas del diario, me dio la oportunidad de homenajear a F. Allen (Tex) Harris (1938-2020), el diplomático estadounidense que estructuró la política de derechos humanos del Presidente Jimmy Carter en Argentina.

Poco después de llegar a Buenos Aires en 1977 como un joven funcionario político decidió averiguar lo que estaba sucediendo. En aquellos días, la siniestra palabra desaparecido se murmuraba pero no se hablaba abiertamente del tema. Tex se encargó de documentar unas 10 000 desapariciones.

Puede que nunca sepamos cuántas vidas salvó, pero sabemos que los esfuerzos de este hombre, este diplomático que arriesgó su carrera y probablemente su vida para hacer lo correcto, cambió la diplomacia. F. Allen Harris erigió una marca y estableció una piedra fundacional. Hoy los derechos humanos son un elemento importante en la política exterior y, por supuesto, en la diplomacia. La política de la era de Carter y la determinación y la dedicación hacia los derechos humanos venía de Washington en la



persona de la Prosecretaria de Derechos Humanos Patt Derian, pero fue Tex quien le dio a la política la dimensión humana¹.

Entonces fue Raoul Wallenberg el diplomático sueco quien, al entregar pasaportes, salvó a decenas de miles de judíos húngaros del exterminio. Wallenberg mismo es «un desaparecido». Fue capturado por tropas soviéticas y no se lo volvió a ver.

Al homenajear al *Buenos Aires Herald*, la embajadora estadounidense Vilma Martínez también estaba homenajear a aquellos diplomáticos que estuvieron de pie junto al diario. Estaba honrando a los diplomáticos ingleses quienes probablemente me salvaron el pescuezo al recomendarme para una Orden del Imperio Británico (OBE). Estaba homenajear a Dwight Fulford, el embajador canadiense cuya historia aún debe ser contada en forma completa pero cuya calidez y humanidad están esculpidas en mi memoria. Estaba homenajear a Karl-Anders Wolter, el embajador sueco que ofreció escoltarme a mí y a mi familia hasta el aeropuerto en una caravana de vehículos con placas diplomáticas cuando fuimos obligados a partir. Estaba homenajear al embajador irlandés Wilfred Lennon que salvó a Patrick Rice, un sacerdote obrero que se transformó en ícono del movimiento de los derechos humanos. Estos son sólo algunos entre un noble cuerpo de hombres y mujeres de varios países democráticos que hicieron una diferencia en Argentina al seguir las huellas de Wallenberg y al cruzar valientemente los límites del protocolo diplomático.



**ESTOS SON SÓLO
ALGUNOS ENTRE UN
NOBLE CUERPO DE
HOMBRES Y MUJERES DE VARIOS
PAÍSES DEMOCRÁTICOS QUE
HICIERON UNA DIFERENCIA
EN ARGENTINA AL SEGUIR LAS
HUELLAS DE WALLEBERG Y
AL CRUZAR VALIENTEMENTE
LOS LÍMITES DEL PROTOCOLO
DIPLOMÁTICO.**

Dwight Fulford: Una historia desconocida

Uno de los placeres del periodismo es poder contar aquellas historias que necesitan ser contadas. Una de ellas es la historia acerca del rol de cancilleres y el staff de la embajada canadiense durante la dictadura militar argentina.

Era una diplomacia silenciosa y discreta, de la cual no estaba informado hasta que conocí al Embajador Dwight Fulford (1931-2009), poco tiempo antes de que mi mujer, mis cinco hijos y yo hayamos decidido irnos de Argentina, una semana antes de la Navidad de 1979, tras haber evadido dos intentos de secuestro. El embajador me regaló un diccionario de citas canadienses, que no sólo agregó a mi conocimiento la sabiduría y humor canadiense, sino que también señaló su compromiso en derechos humanos a través de las palabras que escribió atrás.

El Presidente Jimmy Carter había logrado que los derechos humanos sean un asunto en política exterior, pero muchos embajadores resistieron la idea, burlándose de

¹ Lo cuenta como fue en este link: <http://www.usdiplomacy.org/downloads/pdf/excellence/Harris2005.pdf>



aquellos que apoyaron la causa, acusándolos de ser «excesivamente sensibles». La mayoría de los países y los cancilleres veían la tortura y el asesinato de disidentes por regímenes represivos como «asuntos internos». Antes de que Estados Unidos haya decidido tomar las riendas, los representantes de los gobiernos democráticos ayudaban a sus propios ciudadanos cuando estaban en aprietos, pero siempre respetaban la soberanía y el concepto de no intervención. Vale la pena resaltar que los esfuerzos de un hombre, F. Allen («Tex») Harris (funcionario político en la embajada de Estados Unidos en Buenos Aires) de exponer y parar la maquinaria asesina de la dictadura, forjaron el camino para frenar la impunidad de los tiranos ante los diplomáticos.

El recuerdo de Dwight Fulford, quien falleció el 23 de enero de 2009 a los 78 años, permaneció conmigo y, cuando logré regresar a la Argentina, escuchaba su nombre frecuentemente, especialmente cuando las conversaciones giraban en torno a los horrores de la dictadura. La verdadera magnitud del horror del Proceso –la tortura obscena en las prisiones clandestinas, las «desapariciones», las madres asesinadas y los bebés secuestrados– no era conocida durante la dictadura. Aquellas personas que sabían algo acerca de lo que sucedía e intentaron hacer algo para ayudar merecen ser conocidos.

Dwight Fulford y su mujer, Bárbara, tenían una ventaja sobre otros embajadores. Uno de sus primeros destinos diplomáticos fue Buenos Aires y su llegada coincidió con el golpe militar que destituyó al presidente Juan Domingo Perón. Junto con su mujer, forjaron amistades duraderas que fueron retomadas una vez que volvieron en 1978. Entre medio, estuvieron en Cuba durante la Crisis de los Misiles. Bárbara Fulford habló acerca de su experiencia a *The Globe and Mail*: «Nos desilusionó rápidamente el régimen. Era muy cruel y arbitrario. Conocí a Che Guevara pero evité conocer a Castro. Mi marido tuvo que conocer a todas las figuras revolucionarias por su trabajo.»

Las descripciones de Dwight Fulford elaboradas por sus dos hijas en su obituario coinciden con el tipo de hombre que siempre lo imaginé ser: «Era un embajador excelente porque nunca era hostil o molesto con otra gente. No obstante, siempre se aseguraba de que la postura canadiense en torno a los derechos humanos sea totalmente transparente», dijo Sarah, uno de sus cinco hijos. «Cualquier persona podía hacer una cita para verlo y conoció a gente de todo tipo durante su carrera diplomática, de estatus bajo y alto. No importaba quién era la persona; trataba a todos con la misma cortesía, sea el presidente o el cocinero».

Su otra hija, Martha, enfatizó su compromiso con la justicia social y los derechos humanos: «Él, como también nuestra madre, veían más allá del color, género o etnia-los



LA VERDADERA MAGNITUD DEL HORROR DEL PROCESO

-LA TORTURA OBSCENA EN LAS PRISIONES CLANDESTINAS, LAS «DESAPARICIONES», LAS MADRES ASESINADAS Y LOS BEBÉS SECUESTRADOS- NO ERA CONOCIDA DURANTE LA DICTADURA. AQUELLAS PERSONAS QUE SABÍAN ALGO ACERCA DE LO QUE SUCEDÍA E INTENTARON HACER ALGO PARA AYUDAR MERECE SER CONOCIDOS.



problemas y las causas los motivaban. Esto también se veía reflejado en la vida en casa. No creo que pueda contar el número de refugiados, inmigrantes, entre otros, que disfrutaron de su hospitalidad y apoyo por años».

La Sra. Fulford compartió recuerdos sobre su vida en Buenos Aires durante la dictadura, describiendo como su marido escuchaba compasivamente cuando le contaban acerca de las tácticas represivas y brutales utilizadas por los militares y dijo que tuvo muchos encuentros con las Madres de la Plaza de Mayo. «Estas personas venían a cenar, incluyendo los que eran supuestos torturadores y asesinos, y nos dijeron que los tratemos con cortesía». Amigos de los Fulford han contado historias que muestran que la disciplina diplomática y cortesía de la Sra. Fulford no impedía que lograra sacar de los generales, incluso del Ministro de Interior, Gral. Albano Harguindeguy, información acerca de los métodos que utilizaban los militares. Los Fulford, casados por 54 años, claramente eran un equipo.

El hecho de que no se haya contado su historia acerca de la defensa de los derechos humanos y de vidas humanas demuestra cuán diplomático era. Aprendí gracias a Gabriel Levinas, un ícono periodístico que creó *PlazadeMayo.com* (una revista virtual que es un recurso esencial para la discusión seria de grandes asuntos) que él conoció al Embajador Fulford, quien coleccionaba arte, cuando tenía una galería. Levinas me contó que al embajador le preocupaba mucho el trato al que estaban sometidos los prisioneros judíos y dijo que había contactado al embajador israelí tres veces para decirle que los judíos eran particularmente maltratados cuando eran secuestrados. Descubrí, gracias al contacto con ex-funcionarios de la embajada y el staff que me aseguró la embajadora canadiense de entonces, Gwyn Kutz, y la ayuda invaluable del ex-funcionario de inmigraciones, Neil Brockenshire, quien me dio una gran cantidad de material, que el compromiso de los Fulford hacia los derechos humanos no era conocido por el staff de la embajada. En mi opinión, ellos posibilitaron que los otros miembros de la embajada, funcionarios y staff local, operaran de forma independiente.

Colleen Cupples es recordada con cariño. Llegó a Buenos Aires en 1981 como Primera Secretaria (inmigración) y comenzó a utilizar un programa para prisioneros políticos y personas oprimidas conocido con una palabra formada por sus iniciales: PPOP. La idea era sacar a personas de prisión y mandarlas a Canadá. Uno de los ex-miembros del staff recuerda: «Puedo recordar una pareja que, luego de ser liberada de prisión, había decidido quedarse en Argentina. Un día, la mujer me llamó y me dijo que querían irse porque habían sido acosados y no se sentían seguros ya. Hable con Colleen Cupples, la directora de la sección de visas en 1981, y me dijo que la pareja debía comunicarse con



AMIGOS DE LOS FULFORD HAN CONTADO HISTORIAS

QUE MUESTRAN QUE LA DISCIPLINA DIPLOMÁTICA Y CORTESÍA DE LA SRA. FULFORD NO IMPEDÍA QUE LOGRARA SACAR DE LOS GENERALES, INCLUSO DEL MINISTRO DE INTERIOR, GRAL. ALBANO HARGUINDEGUY, INFORMACIÓN ACERCA DE LOS MÉTODOS QUE UTILIZABAN LOS MILITARES.



la embajada todos los días así sabríamos que estaban bien. Su aplicación fue procesada rápidamente y ahora están en Canadá. Luego de unos años y devuelta en Canadá, esta pareja me contó que la única cosa que los hizo sentirse seguros fue el acto de llamar todos los días a la embajada.

También recuerdo a Collen Cupples organizando una recepción en su casa. Ella invitó a todos sus contactos, incluyendo a aquellos miembros de organizaciones de Derechos Humanos. Obviamente, también había funcionarios argentinos. Si bien no tengo razones para confirmar esto, creo que Colleen era una persona emocionalmente involucrada con los asuntos relacionados a los derechos humanos. Un día fui con ella a una de las primeras marchas por la defensa de los derechos humanos en la Plaza de Mayo.

Dos personas, quienes fueron rescatadas por la embajada no se han olvidado de sus salvadores: «Aun sentimos la calidez del apoyo, la preocupación y la solidaridad infalible de la embajada canadiense durante la dictadura», escribe Adriana Chamorro, quién pasó primero por «el infierno» de la prisión clandestina con su marido, luego por una prisión en Villa Devoto y una libertad provisoria, hasta que ellos y sus hijos recibieron visas para entrar a Canadá. Recuerdan haberse ido del aeropuerto Ezeiza bajo el cuidado de la embajada.

Si alguna vez fuera a repetirse un quiebre tan severo en la sociedad como aquel causado por la violencia explosiva que sorprendió a la Argentina en los '70s, los embajadores provenientes de países democráticos ya no tendrán sus manos atadas por regulaciones restrictivas. Este es un factor que debería ayudar a asegurar que «Nunca Más» realmente signifique nunca más.



**SI ALGUNA VEZ
FUERA A REPETIRSE
UN QUIEBRE TAN**

**SEVERO EN LA SOCIEDAD
COMO AQUEL CAUSADO POR
LA VIOLENCIA EXPLOSIVA
QUE SORPRENDIÓ A LA
ARGENTINA EN LOS '70S, LOS
EMBAJADORES PROVENIENTES
DE PAÍSES DEMOCRÁTICOS
YA NO TENDRÁN SUS MANOS
ATADAS POR REGULACIONES
RESTRICTIVAS.**

Tex Harris y la inscripción en la pared

En los años 70, durante la ola de protestas anti-norteamericanas que azotaron América Latina, el grafiti «Fuera Yanquis» se veía con frecuencia. En el camino al aeropuerto de Ezeiza dichas palabras se encontraban pintadas en un puente que se extendía sobre la autopista. Es más: alguien había agregado a la frase «Fuera Yanquis» las palabras «Por PanAm», nombre de la antigua aerolínea Pan American Airways que solía dominar el mercado.

En 1979 me crucé con una variación de la frase desdeñosa y anti-EEUU en las duchas comunes del pabellón de la cárcel de la sede central de la policía federal argentina. En la pared estaban escritas en letra prolija y discreta las palabras «Yanqui sácame de aquí».



Recordé ese grito de protesta cuando empecé a investigar algunos datos para escribir acerca de un hombre: el diplomático retirado F. Allen Tex Harris, ícono y leyenda en la lucha por los derechos humanos. Me encontré con un video de tres minutos de duración en YouTube en el que el periodista Jacobo Timerman, que se salvó de la tortura y probablemente de una muerte cierta, expresa su gratitud a los Estados Unidos por haber presionado a los militares para que lo liberaran.

En el video², Timerman hace la siguiente declaración: «Esta es la primera vez que no se acusa a los Estados Unidos de ser la principal fuente de apoyo de la dictadura militar. Esta es la primera vez que se identifica a los Estados Unidos con nuestras esperanzas.» Luego, Timerman hace referencia a una inscripción que vio en la pared de una de las cárceles en las que estuvo. Relata una versión diferente del mensaje que vi. Recordó haber leído lo siguiente: Habían cambiado la frase «Yanquis váyanse a casa» tachando la palabra «Váyanse» y reemplazándola con la frase «Yanquis llévenme a casa». Luego de esto, dijo que al acordarse de las palabras escritas en la pared de una cárcel, recordó los informes que había escuchado sobre Tex Harris, cuyo trabajo en Argentina cuando era un joven oficial de asuntos políticos salvó vidas y estableció los derechos humanos como una preocupación que trasciende la soberanía nacional.



NO PUEDO DAR FE DE MI VERSIÓN DEL MENSAJE. SIN EMBARGO, SIEMPRE TUVE LA SENSACIÓN QUE LAS PALABRAS «YANQUIS LLÉVENME A CASA» ME QUEDARON GRABADAS EN LA MEMORIA POR LA SORPRESA QUE ME LLEVÉ AL VERLAS ESCRITAS EN UNA PARED DENTRO DE UNA CÁRCEL.

No puedo dar fe de mi versión del mensaje. Sin embargo, siempre tuve la sensación que las palabras «Yanquis llévenme a casa» me quedaron grabadas en la memoria por la sorpresa que me llevé al verlas escritas en una pared dentro de una cárcel.

Timerman y yo estuvimos en la misma cárcel, aunque en momentos diferentes. A dicha cárcel se la conocía como el «Hotel Sheraton» porque alojaba presos «VIP». Timerman había sido enviado allí luego de ser rescatado de una de las cárceles clandestinas del conocido asesino en masa y entusiasta torturador General Ramón Camps por la así llamada ala «moderada» de la dictadura. Jorge Rafael Videla, la pusilánime figura decorativa de la dictadura, quería estar dentro de lo posible en buenas relaciones con los estadounidenses.

Yo me encontraba allí porque los militares me querían fuera de su sistema de cárceles antes de que viera las desastrosas condiciones y tratamiento que se infligían en ellas. Claro que la experiencia de la gran mayoría de aquellos secuestrados como «desaparecidos» era muchísimo peor, en cientos de cárceles secretas y cámaras de tortura a través del país. Esto realmente no tenía comparación, aunque la tortura era parte de la rutina y la gente era condenada a muerte sin juicio justo, aun cuando se

2 <http://www.youtubecom/watch?v=IWQ86X3PwVU>



trataba de arrestos «legales». En la cárcel de enfrente, la primera a la que me llevaron, había oído gritos de personas que estaban siendo torturadas, había leído inscripciones desgarradoras y sin una gota de humor en las paredes de celdas oscuras que parecían tumbas. Había visto la enorme esvástica que proclamando «Nazi-Nacionalismo» daba la bienvenida a todos los presos a su llegada al pabellón de la cárcel de seguridad del superintendente.

Los huéspedes de la cárcel «Hotel Sheraton» eran gente bastante particular. Era allí que el General Albano Harguindeguy mantenía encerrados a hombres ricos que acusaba de haber cometido «delitos económicos», hasta que cedieran a un acuerdo financiero que los dejaría mucho más pobres. También alojaba bichos raros como a mí, o individuos polémicos como Timerman. Más allá de no estar a la altura de los verdaderos hoteles Sheraton, las condiciones de esta cárcel eran sorprendentemente buenas. Un sistema de sobornos aseguraba que los parientes y amigos de los presos se encargaran de proporcionar las comidas. Durante mi corta estadía, un español que no era uno de los presos políticos, hizo una espléndida tortilla de papas y disfrutamos de unos trozos de ella con unos gin tonic. Aquellos hombres arrestados y encarcelados por su homosexualidad se encargaban de limpiar las celdas, y los guardias los llamaban «mucamas». A los hombres y mujeres homosexuales no se los conocía como «gay» al final de los años 70 en Argentina. Era imposible que fueran «gay» en el sentido antiguo o nuevo de la palabra. Se los perseguía.

He incluido esta descripción del mundo penal especializado de los militares porque podría ayudar a que los lectores comprendan la extraña locura que, aparte de la brutalidad y lógica asesina de los militares, caracterizó El Proceso, nombre que se daba al Proceso de Re-organización Nacional. Creo que finalmente he llegado a una conclusión acerca de la naturaleza de la dictadura de 1976-83: el miedo al comunismo ateo enloqueció a los líderes de las fuerzas armadas, al igual que la falsa ilusión de que un gobierno militar sería la solución de los problemas económicos de Argentina. Por un determinado tiempo, el ala dura de los jefes militares creyeron que Argentina era un poder militar capaz de invadir Chile y de establecer una hegemonía sobre sus vecinos hacia el norte por medio de su fuerza militar.

En mi búsqueda de más información sobre Tex Harris, me encontré con la primera parte del video que cuenta su vida³.

Bill Moyers, que desde hace ya más de medio siglo ha actuado como la conciencia de la televisión estadounidense, dio lugar a Tex Harris en su programa de la cadena CBS en



POR UN DETERMINADO TIEMPO, EL ALA DURA DE LOS JEFES MILITARES

CREYERON QUE ARGENTINA ERA UN PODER MILITAR CAPAZ DE INVADIR CHILE Y DE ESTABLECER UNA HEGEMONÍA SOBRE SUS VECINOS HACIA EL NORTE POR MEDIO DE SU FUERZA MILITAR.

³ <http://www.youtubecom/watch?v=H3BC5phpyqw>



1984. La transmisión del programa le salvó la carrera a Harris. Mientras que sus honestos informes sobre los desaparecidos habían provocado enojo entre sus compañeros y superiores, no sólo se borraron las manchas en su récord cuando la verdad acerca de su coraje se dio ampliamente a conocer, sino que también logró ascender rápidamente a los rangos superiores del Servicio exterior, desempeñándose como cónsul general en Sudáfrica y Australia. Pero sus cinco años en la lista negra por promover con sagacidad e integridad la política de derechos humanos de Jimmy Carter le impidieron el merecido puesto de embajador.

En una columna que escribí para el *New York Times* publicada el 3 de noviembre de 1983, describí a Harris como un «Pimpinela Americano», un «oficial de derechos humanos increíblemente valiente y trabajador de la embajada de los Estados Unidos en Buenos Aires cuya oficina era un refugio para los familiares de desaparecidos, y cuya secretaria era un ángel guardián». Sugerí que sería una buena idea que el presidente Reagan demostrara su apoyo a la Argentina en su retorno a la democracia mediante la elección de Raúl Alfonsín como Presidente, enviando a Tex Harris de regreso a Buenos Aires como embajador.

Tex y su mujer Jeanie sólo han podido regresar a la Argentina dos veces en los últimos 33 años. Sin embargo, como dice la canción, sus almas están con ella. Yo los veo como plenipotenciarios de las relaciones entre Argentina y Estados Unidos, como auténticos argentinófilos. La trayectoria de los Harris fue premiada con una cálida bienvenida durante su visita al país, en 2014. «Tex» fue condecorado con el Orden del Libertador San Martín, el más alto honor. Nunca se los olvidará.



LA TRANSMISIÓN DEL PROGRAMA LE SALVÓ LA CARRERA A HARRIS. (...) PERO SUS CINCO AÑOS EN LA LISTA NEGRA POR PROMOVER CON SAGACIDAD E INTEGRIDAD LA POLÍTICA DE DERECHOS HUMANOS DE JIMMY CARTER LE IMPIDIERON EL MERECIDO PUESTO DE EMBAJADOR.



CADAL es una fundación privada, sin fines de lucro y a-partidaria, cuya misión es promover los derechos humanos y la solidaridad democrática internacional.

www.cadal.org

Basavilbaso 1350 piso 10º Of. 02. Buenos Aires, República Argentina.

Tel: (54-11) 4313-6599 • 4312-7743. ✉ centro@cadal.org

 [@cadal](https://twitter.com/cadal)  [fundacioncadal](https://www.instagram.com/fundacioncadal)  [cadal.org](https://www.facebook.com/cadal.org)  [cadaltv](https://www.youtube.com/cadal)